

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY

LA ROCA DE LAS URIAS

Inútil belleza—13

CAPITULO ALFONSO
MUSEO UNIVERSITARIO
U. A. N. V.

La Roca de las Urías

Ha llegado la estación de las urías.
De Abril á fines de Mayo, antes que lleguen los bañistas parisienses, se ve aparecer en la playa de Etretat unos ancianos en traje de caza. Pasan cuatro ó cinco días en el hotel de Hauville, desaparecen y vuelven tres semanas después; luego, unos días más de permanencia y se van en definitiva.

Se les pierde de vista hasta la primavera próxima.

Son los últimos cazadores de urías, los que quedan, pues eran una veintena de fanáticos hace treinta ó cuarenta años; ahora quedan pocos, pero entusiastas.

La uría es un ave emigradora muy rara cuyas costumbres son bien extrañas. Habita casi todo el año en Terranova y en las islas de San Pedro y Mi-

quelón; pero en el cielo, una bandada de emigrantes pasa el Océano y todos los años viene á poner y á empollar en el mismo punto, en la roca llamada *de las urías*, cerca de Etretat. Sólo allí se puede ver urías, y á pesar de que siempre se les ha cazado siempre vuelven; y es probable que siempre volverán. Apenas criados los polluelos marchaban, desaparecían durante un año.

¿Por qué no se asustan jamás, por qué no escogen otros puntos de la costa blanca y sin igual que va del Pas-de-Calais al Havre? ¿Qué fuerza, qué instinto invencible, qué costumbre secular empuja á esas aves á volver á aquel sitio? ¿Qué primera emigración, qué tempestad acaso lanzó á sus padres á aquella roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos, todos los descendientes acuden adonde acudieron sus antepasados?

Son pocos: un centenar á lo sumo, como si sólo una familia tuviera aquella tradición y cumpliera esa peregrinación anual.

Y cada primavera, apenas la tribu viajera se instala en su roca, los mismos cazadores también acuden á la aldea. Se les conoció jóvenes en otro tiempo; ahora son viejos, pero fieles á la cita que se dan desde hace treinta ó cuarenta años.

Por nada del mundo faltarían á ella.

Era una tarde de Abril de estos últimos años. Tres de los antiguos cazadores de urías acababan de llegar; faltaba uno de ellos, el señor d' Arnelles.

No había avisado, no había escrito á nadie. Sin embargo, no había muerto como tantos otros; se hubiera sabido. En fin, cansados de esperar, los otros tres se sentaron á la mesa. La comida terminaba cuando se oyó el ruido de un carruaje en el patio del mesón y el rezagado entró.

Se sentó, alégre, frotándose las manos, comió con gran apetito, y como uno de sus compañeros extrañase verle de levita, contestó tranquilamente:

—No tuve tiempo de cambiar de traje.

Se acostaron al acabar de comer, pues para sorprender á las aves hay que levantarse antes de apuntar el alba.

Nada tan bonito como aquella caza y aquel paseo matutino.

A las tres de la mañana, los marineros despiertan á los cazadores echando arena contra los cristales. Al cabo de unos minutos todo el mundo está listo y se baja á la playa. Aunque no apunta el alba todavía, palidecen ya las estrellas; el mar hace crujir los guijarros; la brisa es tan fresca que se tiritita á pesar de los gruesos abrigos.

Bien pronto las dos barcas, empujadas por los marineros se escurren por sobre los guijarros redondos, con ruido de tela desgarrada y luego se balancean sobre las olas. La vela parda sube al mástil, se hincha un poco, palpita, vacila y ahuecada de nuevo, redonda como una barriga, se lleva los botes alquitranados hacia la gran entrada que se distingue vagamente en las sombras.

El cielo se aclara; las tinieblas se funden; la costa aun aparece velada, la gran costa blanca, recta como una muralla.

Se pasa la Manne-Porte, bóveda enorme por la cual pasaría un navío; se dobla la punta de la Courtine; ahí están el valle de Antifer, el cabo de igual nombre; y, de repente, se ve una playa donde están posadas millares de gaviotas. Esta es la roca de las Urías.

Es como una joroba del acantilado, y por encima de las estrechas cornisas de la roca, aparecen unas cabezas de ave que miran las barcas.

Allí están, inmóviles, no decididas á marchar aún. Algunas, plantadas en las salientes, parecen sentadas sobre sus posaderas, derechas en forma de botellas, pues tienen las patas tan cortas que, cuando andan, parecen deslizarse sobre unas ruedecitas, y para volar, como no pueden tomar empuje, les es necesario dejarse caer como piedras, hasta cerca de los hombres que las acechan.

Conocen su defecto y les cuesta decidirse á partir.

Pero los marineros empiezan á gritar y arman ruido dentro de las barcas y las aves, asustadas, se lanzan una tras otra al vacío casi hasta el ras del agua; luego, batiendo con rapidez las alas, huyen, huyen hacia alta mar si una rociada de plomo no las echa al agua.

Durante una hora las ametrallan así, obligándolas á huir una tras otra, y á veces las hembras que empollan no quieren moverse y reciben descarga tras descarga, que salpican la roca blanca de sangre rosada, y el animal espira sin haber abandonado los huevos.



El primer día el señor d'Arnelles cazó con su entusiasmo habitual; pero cuando abandonaron la costa á las diez de la mañana, bajo el alto sol radiante que arrojaba torrentes de luz en las gigantes muestas de la costa, se mostró como inquieto y meditabundo, cosa que no le era habitual.

Cuando llegaron á la aldea, una especie de criado vestido de negro le habló al oído. Pareció reflexionar, vacilar, y por fin contestó:

—No, mañana.

Y al día siguiente se reanudó la caza. El señor d'Arnelles erró muchas veces el blanco, por más que las urías tocaban casi el cañón de su escopeta; y sus amigos le daban vaya, preguntándole si estaba enamorado, ó si algún pesar secreto le turbaba el corazón y la mente.

Por fin convino en que sí.

—Sí, verdaderamente; es necesario que parta dentro de unas horas y esto me contraría.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted? Y, ¿por qué?

—¡Oh! Tengo un asunto que reclama mi presencia y no puedo esperar más.

Luego hablaron de otras cosas.

Apenas terminado el almuerzo apareció de nuevo el criado enlutado, y el señor d'Arnelles dió orden de enganchar. Y el criado iba á salir cuando los demás cazadores intervinieron para rogar á su amigo que no se marchara. Uno de ellos, preguntó:

—¡Ea, veamos! Creo que el asunto no debe ser tan urgente cuando ha esperado usted dos días.

El cazador meditaba y reflexionaba, perplejo, evidentemente vacilando entre el placer y la obligación, turbado y angustiado.

Después de larga meditación, dijo vacilando:

—Es que... es que... no estoy sólo; ahí está mi yerno.

Hubo exclamaciones á granel.

—¿Su yerno?... ¿Dónde está?

Entonces, de repente, quedó confuso, se ruborizó.

—¡Cómo! ¿No lo saben ustedes?... Pues... pues... Está en la cochera. Está muerto.

Reinó un silencio de asombro.

El señor d'Arnelles añadió, cada vez más turbado:

—Tuve la desgracia de perderle. Y al conducirlo á mi propiedad de Briseville, he dado un pequeño rodeo para no faltar á nuestra cita. Pero ya comprenderán ustedes que no puedo aguardar más.

Entonces uno de los cazadores, el más atrevido, murmuró:

—Sin embargo... Puesto que ha muerto... me parece... que bien puede esperar un día más.

Los otros dos le hicieron coro.

—Es indudable—dijeron.

El señor d'Arnelles parecía aliviado de un gran peso; pero algo inquieto aún, preguntó:

—¿De veras... francamente... les parece?...

Los otros tres contestaron unánimes:

—¡Pardiez! querido, dos días más ó menos deben importarle poco.

Entonces, tranquilizado del todo, el suegro, volviéndose hacia el empleado de pompas fúnebres, dijo:

—Vaya, amigo mío; lo dejaremos para pasado mañana.

EL VIEJO

EL VIEJO

Un tibio sol de otoño daba en el patio de la granja por encima de las grandes hayas de las zanjas. Bajo el césped arrasado por las vacas, la tierra impregnada por la lluvia reciente era blanda y se hundía bajo los pies con ruido de agua; y los manzanos, cargados de frutos, dejaban caer algunos, de un color verde pálido, entre el verde oscuro de la hierba.

Pacían cuatro novillas, atadas á unas estacas y mugían á ratos mirando hacia la casa; las gallinas daban animación y color al estercolero, delante del establo, en el patio, y picaban, buscaban, escarbaban, mientras los dos gallos, cantando sin cesar, buscaban gusanos para las gallinas á las que llamaban con viveza.

Se abrió la puerta de la cerca y entró un hombre que podría tener cuarenta años, pero que parecía pasar de los sesenta por lo arrugado y encorvado. Andaba á largos pasos lentos, más pesados por los gruesos zuecos llenos de paja. Sus brazos, demasiado largos, colgaban á ambos lados del cuerpo. Cuando se acercó á la granja un gozquejo amarillento, atado al pie de un peral, junto al barril que le servía de casa, movió la cola y ladró de contento. El aldeano gritó:

—¡Quietos, Finot!

El perro calló.

Una mujer salió de la casa. Su cuerpo huesudo, ancho y aplastado se dibujaba bajo un pañuelo que le ceñía la cintura. Unas sayas grises, hartas cortas le llegaban hasta la mitad de las piernas, aprisionadas en medias azules, y llevaba también zuecos llenos de paja. Una gorra blanca, convertida en amarilla, cubría el escaso pelo del cráneo y su cara morena, flaca, fea y desdentada, tenía aquella expresión salvaje é idiota que á menudo se ve en los rostros de los campesinos.

Su marido preguntó:

—¿Cómo está?

Y respondió la mujer:

—El señor cura dice que está dando las boqueadas y que no pasará de la noche.

Ambos entraron en la casa.

Después de atravesar la cocina, penetraron en una habitación baja, negra, apenas alumbrada por una ventanita delante de la cual colgaba un pingajo de indiana. Las gruesas vigas del techo, que el tiempo había ennegrecido y la incuria ahumado, atravesaban la habitación de parte á parte, sopor-tando el endeble suelo del granero, por el cual corrían, de día y de noche, legiones de ratas. El piso, de tierra, desigual, parecía rezumar grasa y en el fondo del cuarto, la cama formaba una mancha relativamente blanca. Un ruido regular, ronco, una respiración ansiosa, sibilante, con un estertor como el que produce una bomba rota, partía de la cama donde yacía un viejo, el padre de la granjera.

Ambos se acercaron y miraron al moribundo, con su mirada plácida y resignada.

El yerno dijo:

—Lo que es ahora, se acabó; no pasa de esta noche.

Callaron. El viejo tenía cerrados los ojos, el rostro terroso, y tan demacrado que parecía de madera.

La mujer dijo:

—Desde medio día ronca así.

La boca entreabierta del moribundo dejaba pasar su soplo sofocado y duro, y la sábana de tela gris se levantaba á cada aspiración.

El yerno, después de un largo silencio, afirmó:

—Hay que esperar. No podemos evitarlo. Lo siento por los guisantes capuchinos, porque el tiempo es bueno y mañana no me podré cuidar de ellos.

Su mujer pareció inquieta al oír aquello. Reflexionó unos instantes y declaró:

—Puesto que va á morir, no podemos enterrarle antes del sábado; mañana puedes cuidar de los guisantes.

El labriego meditó y dijo:

—Sí, pero mañana será preciso que invite para el entierro y necesito cinco ó seis horas para ir de Tourville á Manetot á ver á todos los parientes y amigos.

La mujer, después de meditar dos ó tres minutos, declaró:

—Ahora son las tres. Hasta la noche puedes avisar á todos los del lado de Tourville. Ya puedes decir que ha muerto, puesto que va á morir.

Su marido quedó perplejo unos instantes, pesando el pro y el contra de la idea, y luego dijo:

—De todos modos, voy.

Iba á salir; volvió y dijo, después de ligera vacilación:

—Ya que no tienes qué hacer, monda manzanas, cuécelas y haz cuatro docenas de bollos para los que vendrán al entierro, porque algo se ha de comer. Enciende el horno con la hierba que hay bajo el cobertizo. Está seca.

Salió del cuarto, entró en la cocina, sacó un pan de seis libras, cortó una rebanada, recogió en el hueco de la mano las migajas y se las echó á la boca para que nada se perdiera. Luego tomó con la punta del cuchillo un poco de manteca salada que estaba en un tarro de arcilla, la extendió sobre el pan y empezó á comer lentamente, como lo hacía todo.

Atravesó de nuevo el patio, calmó al perro, que ladraba otra vez, salió al camino que pasaba junto á su casa y se alejó con dirección á Tourville.



Al quedar sola, su mujer se puso á trabajar. Sacó la harina y preparó la pasta para los bollos. La amasaba con cuidado, volviéndola y revolviéndola, aplastándola, redondeándola, laminándola. Luego formó con ella una gran bola de un blanco amarillento y la dejó sobre la mesa.

Entonces fué en busca de las manzanas y, para no dañar el árbol con un palo, se subió á él por medio de un escabel. Escogía con gran cuidado los frutos, para no arrancar sino los maduros, y los amontonaba en el delantal.

Una voz la llamó desde el camino:

—¡Eh! ¡Señora Chicot!

Se volvió. Era un vecino: el tío Osime Favet, el alcalde, que iba á abonar sus tierras y estaba sen-

tado, con las piernas colgantes encima de su carro lleno de estiércol. Se volvió y contestó:

—¿En qué puedo servirle, tío Osime?

—¿Qué tal el padre?

Ella gritó:

—Se está muriendo. El sábado es el entierro, á las siete, porque los guisantes se perderían.

El vecino replicó:

—Bueno. Quede usted con Dios.

—Gracias; con él vaya.

Y volvió á coger manzanas.

Apenas entró en la casa, fué á ver á su padre, al que ya creía difunto. Pero desde la puerta oyó el estertor cansado y monótono, y no queriendo perder tiempo, empezó á preparar los bollos.

Envolvía las manzanas con una delgada capa de pasta y luego las alineaba sobre la mesa. Cuando hubo hecho cuarenta y ocho bolas, dispuestas por docenas, una delante de otra, preparó la cena y puso la olla al fuego para hacer cocer las patatas, pues había pensado que era inútil calentar el horno, ya que le quedaba todo el día siguiente para terminar sus preparativos.

Su marido volvió á las cinco dadas. Apenas hubo pasado el umbral, preguntó:

—¿Se acabó?

—Ella dijo:

—No, aun ronca.

Fueron á verle. El viejo se hallaba en igual estado. Su soplo ronco, regular como el movimiento de un péndulo, no se había acelerado ni acortado. Se oía de segundo en segundo, variando tan sólo de tono, según si entraba ó salía el aire de su pecho.

Su yerno le miró y dijo:

—Morirá sin que lo advirtamos; se apagará como una vela.

Volvieron á la cocina y, sin hablar, empezaron á comer. Cuando hubieron tragado la sopa, comieron una rebanada de pan con manteca, y después de lavados los platos, volvieron al cuarto del agonizante.

La mujer, sosteniendo una lámpara que despedía mucho humo, la paseó por delante de la cara de su padre. A no respirar, tomárasele ya por un cadáver.

La cama del matrimonio estaba oculta en el otro extremo de la habitación, en donde el suelo parecía haberse hundido, pues tenía nivel diferente. Se acostaron sin pronunciar una palabra, apagaron la luz, cerraron los ojos y bien pronto dos ronquidos des-

iguales, uno más profundo, otro más agudo, acompañaron el estertor del moribundo.

Las ratas corrían por el granero.

*
*
*

Despertó el marido con el alba. Su suegro vivía aún. Despertó á su mujer, alarmado por aquella resistencia del viejo.

—Oye, Eufemia, no quiere morir. ¿Qué harías tú? Sabía que su mujer era sesuda.

Ella respondió:

—No acabará el día; no hay cuidado. El alcalde no se opondrá á que le entierren mañana, pues lo permitió al morir el tío Renard, que murió durante la siembra.

Quedó convencido su esposo y marchó al campo. Su mujer coció los bollos y luego hizo todo el trabajo de la granja.

A mediodía aun no había muerto el viejo. Los braceros alquilados para plantar los guisantes, entraron á ver al moribundo recalcitrante. Cada cual dijo su frase y luego volvieron al campo.

A las seis, al volver del trabajo, el padre respiraba aún. Su yerno se alarmó de veras.

—¿Qué te parece que hagamos, Femia?

Tampoco ella sabía qué resolver. Fueron á ver al alcalde. Prometió hacer la vista gorda para que pudiese verificarse el entierro. El delegado de sanidad se comprometió también á dejar que maese Chicot pusiera una fecha atrasada al acta de defunción. El matrimonio quedó tranquilizado.

Se acostaron y durmieron como la víspera, mezclando sus ronquidos sonoros al estertor más débil del viejo.

Cuando despertaron, el viejo aun vivía.

Quedaron aterrados. Permanecían en pie junto á la cama del viejo, mirándole con desconfianza, como si hubiese querido jugarles una mala partida, engañarles, contrariarles exproseso, y sentían, sobre todo, el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

—¿Qué hacemos?

Su mujer, perpleja, dijo:

—¡Es fastidiosol!

No era posible ya prevenir á los invitados, que no tardarían en llegar. Resolvieron esperarles y explicar el caso.

A las siete menos diez aparecieron los primeros. Las mujeres, de negro, con un gran velo, afectaban

tristeza. Los hombres embarazados dentro de sus trajes de paño, llegaban de dos en dos, hablando de negocios.

Maese Chicot y su mujer, atortolados, les recibieron gimoteando, y de pronto los dos, en el mismo instante, rompieron á llorar. Explicaron lo sucedido, contaban lo raro del caso, ofrecían sillas, iban de un lado á otro, se excusaban, procuraban demostrar que cualquiera hubiese hecho lo mismo, y charlando de un modo descosido, no dejaban á los otros tiempo de responder.

Iban de uno á otro:

—¿Quién lo había de pensar? ¡Es increíble lo que resistel!

Los invitados, asombrados y un tanto malhumorados como gente que no puede asistir á una ceremonia que esperaban, no sabían qué hacer, estaban sentados ó en pie. Algunos quisieron irse. Maese Chicot les detuvo:

—Vamos á comer un bocado. Hablamos hecho bollos; aprovechémoslos.

Las caras se serenaron al oír aquello. Hablaron en voz baja. El patio se llenaba poco á poco; los que ya sabían la noticia la comunicaban á los recién llegados. Se cuchicheaba; los bollos que veían en perspectiva alegraban á todo el mundo.

Las mujeres entraban para ver al moribundo. Se santiguaban junto á la cama, y mascullando una oración, salían. Los hombres, menos aficionados á tal espectáculo, miraban al campo, por la ventana abierta.

La señora Chicot explicaba la agonía:

—Hace dos días que está igual; ni mejor ni peor. ¿Verdad que parece una bomba cuando no encuentra agua?



Cuando todos hubieron visto al agonizante, se pensó en la colación; pero como no cabían todos en la cocina, se sacó la mesa fuera de la casa, junto á la puerta. Las cuatro docenas de bollos, dorados, apetitosos, atraían las miradas hacia las dos fuentes que los contenían. Todos alargaban la mano para coger el suyo, temiendo que no hubiese bastantes. Pero sobraron cuatro.

Maese Chicot, con la boca llena, dijo:

—Si el suegro nos viera nos tendría envidia. Le gustaban mucho en vida.

Un aldeano muy gordo declaró:

—Pues ya no comerá más. A cada cual le llega su vez.

Aquella reflexión, en lugar de entristecer á los

aldeanos, pareció regocijarles. Ahora les tocaba á ellos comer bollos.

La señora Chicot, desolada por el gasto, iba de continuo á la bodega á buscar sidra y los jarros se vaciaban á la carrera. Ahora ya reían, hablaban alto, empezaban á gritar como se grita en las comidas.

De pronto, una vieja que se había quedado junto al moribundo, retenida por el miedo de aquel tremendo misterio que pronto conocería también, sacó la cabeza á la ventana y gritó en voz aguda:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Todos callaron. Levantáronse las mujeres para ir á ver al difunto.

Había muerto, en efecto. Los hombres se miraban, bajaban la vista, como embarazados. No habían acabado de comer los bollos. ¡Vaya un momento que escogió para morir!

Los Chicot ya no lloraban. Estaban tranquilos; se había acabado. Repetían:

—Ya sabíamos que no podía durar. Si siquiera hubiese muerto esta noche pasada, no produjera tanta molestia.

De todos modos ya todo había acabado. Le enterrarían el lunes, y vuelta á comer bollos.

Los invitados se fueron contentos por haber asistido á la muerte y comido un bocado.

Cuando marido y mujer se encontraron solos, frente á frente, ella dijo en tono angustiado:

—Había que cocer cuatro docenas más de bollos.

¡Si hubiese muerto esta noche!

El marido, más resignado, respondió:

—Por fortuna eso no ocurre todos los días.

FIN

ÍNDICE

| | Páginas |
|---------------------------------|---------|
| Intil belleza. | 7 |
| X La broma | 43 |
| X En otro tiempo.. . . . | 55 |
| X El borracho | 65 |
| Mosca. | 77 |
| X La confesión. | 95 |
| X La mano | 109 |
| X Lo horrible | 125 |
| X Un parricidio | 137 |
| X El chiquitín. | 151 |
| X Adiós. | 165 |
| X Tombouctou.. . . . | 177 |
| X La Roca de las Urías. | 195 |
| X El viejo. | 205 |

